

✦ ✦ LOS
CINES
SOMNIOS ✦ ✦
LOS PORTALES DE ÉLDONON

Índice

1. Feliz cumpleaños	9
2. Un juego de puertas	17
3. Un mero formalismo	26
4. Una tuerca	32
5. Congreso de sabios	39
6. Crucero por los tejados	44
7. Apartamentos de lujo	50
8. Un transformador plateado	57
9. Desayuno incómodo	64
10. La ensoñadora	70
11. Cosas de novatos	78
12. Nuevas rutinas	86
13. El País de los Sueños	95
14. Pequeños globos de luz	101
15. El peso de un secreto	108
16. Nuevos tiempos	115
17. Del suelo al cielo	120

18.	El intento de Peter	129
19.	Olef	135
20.	Una pregunta o varias	141
21.	No estás	147
22.	Una cita incómoda	155
23.	Reunión de aprendices	160
24.	Anillo de descarga	165
25.	La Gran Biblioteca del Saber Eldoniano	171
26.	Entrenamiento y lectura	178
27.	El canto de las sirenas	185
28.	El ancla	192
29.	De la manita	198
30.	Cuenta atrás	203
31.	El País de los Gigantes	209
32.	El Festival de Crítica	217
33.	Queridos eldonianos	223
34.	El mensaje es claro	228
35.	Órdenes de los imaginatos	234
36.	Cara a cara	242
37.	El último billete dorado	253
38.	El rastro de Igua	258
39.	La prueba de potencial	263
	Epílogo	269
	Nota de la autora	273



Feliz cumpleaños

Carlos observó su aspecto en el espejo que tenía en el dormitorio de casa de sus abuelos. La máscara antigás le ocultaba el rostro y la capucha de la sudadera militar solo dejaba escapar un mechón azul de su pelo. La chaqueta de cuero, rasgada y con tantas hebillas como había podido imaginar, tenía parches de banderas inventadas. El pantalón, repleto de bolsillos, mostraba en su cintura varias armas futuristas, pero sucias como si acabase de atravesar una tormenta en el desierto. El disfraz posapocalíptico le había quedado increíble.

Había gastado todos los transformadores que tenía para conseguirlo, pero merecía la pena. No en vano, aquella iba a ser su primera fiesta de cumpleaños en Éldonon.

Éldonon era el mundo de la creatividad, de la fantasía, de todo lo imposible, y Carlos formaba parte de él desde el curso anterior, cuando cumplió doce años. Pero ser eldoniano requería ciertos sacrificios, como el de abandonar su vida en la Tierra para pasar cuatro cursos allí, aprendiendo los oficios que

mantenían viva la imaginación de los humanos. En su primer año, Carlos se había formado con los creátores, en compañía de los que se habían convertido en sus mejores amigos.

Con una sonrisa, pensó en todo lo que había cambiado su vida. Ya no era un chico normal y corriente; había conocido a los dragones, había nadado con las sirenas y conversado con la Reina de las Hadas, ¡incluso había viajado al futuro! Sin embargo, esas aventuras habían estado también salpicadas de sombras. La vida en la Fábrica Creátores le había enseñado que en Éldonon existía todo lo sorprendente y también todo lo terrorífico. Máximus, el antiguo jefe de la fábrica, escondía secretos que nadie podía imaginar y, al final del curso, había intentado atacar a los humanos llevando una criatura horrible a la Tierra a través de los portales.

A Carlos le resultaba difícil entender por qué aquel hombre, aparentemente amable y bonachón, había decidido ponerse al servicio de Igua, la mayor traidora de Éldonon.

Todavía le costaba hacerse una idea clara de esa mujer a la que todos los eldonianos conocían, pero de la que se hablaba poco. Si preguntaba por ella, enseguida le explicaban que era malvada y cruel. Sus amigos describían a Igua como una bruja tenebrosa con una única obsesión: hacerse con el control de la Tierra, ya que no había podido conseguir el control de Éldonon. Máximus había intentado emularla y había puesto en peligro las fronteras con la Tierra.

Un escalofrío recorrió la espalda de Carlos al pensarlo, agradeció mentalmente que todo se hubiese solucionado y que Máximus hubiese sido capturado por la guardia de Éldonon. Aunque eso no significase que estuviesen a salvo.

Carlos volvió a concentrarse en su traje, intentando olvidar todo lo vivido. El efecto del tubo de ventilación que salía de su máscara y llegaba hasta la mochila de oxígeno había quedado bastante bien. Y el Tricton, sentado sobre su hombro con su garrote de siempre, le daba un toque curioso. Al levantar los ojos, vio un reflejo de tul rosa en el espejo y se quedó de piedra.

—¡Papá, por favor! —gritó con disgusto.

—¿Qué? —se sorprendió su padre, entrando en el cuarto—, ¿no te gusta mi disfraz?

—¡No puedes aparecer en mi fiesta vestido de princesa, papá!

—Pero estamos en Éldonon... —intentó Javier.

Tenía parte de razón, en el mundo de las ideas no había reglas a la hora de vestir y uno podía encontrarse por la calle con un soldado del ejército imperial o con una bruja.

—A ver, explícame de manera convincente por qué no puedo ir a tu fiesta vestido de princesa —insistió el padre de Carlos y cruzó los brazos sobre su vestido rococó con fingido gesto de pena.

—¡Porque estás ridículo! —Carlos señaló horrorizado los volantes rosas que llenaban cada rincón del traje de su padre—. ¡Y ñoño! Teníamos un pacto... Así no puedo presumir de ti.

—¿Es que no puedes presumir de tu padre-princesa? ¡Mírame, estoy genial! —sonrió Javier, dando una vuelta para hacer que el maravilloso traje ondease.

—¡Papá!

—Javier, por favor —se rio la madre de Carlos entrando en la habitación. Iba vestida con una gabardina rasgada y un sombrero de copa sucio, que completaba con un rifle de rayos y unas botas de acero cubiertas de cordones—. Dijimos que la temática familiar era «guerra en el fin del mundo».

—¡Gracias, mamá!

—Y yo voté por «batalla medieval», tanto barro y tanto polvo no me gustan —se quejó Javier.

—¡Pero si ese vestido no es medieval! —señaló divertida Irene contemplándolo durante unos segundos—. La verdad es que estás estupendo. Esto me va a doler más a mí que a ti...

—Ni se os ocurra... —amenazó el padre de Carlos, agarrándose a sus tules.

Irene abrazó a Carlos con una enorme sonrisa y le guiñó el ojo, dejando en su mano una pequeña piedra azul. Carlos lo entendió al instante. Aquello era un transformador del color adecuado.

—¡Ni se os ocurra! —repitió su padre, pero Carlos ya había entrado en acción.

Un cosquilleo eléctrico se extendió de su cabeza a sus pies. Una chispeante carrera de corrientes nerviosas recorrió sus venas hasta convertirlo en un motor latente de ideas. Carlos imaginó entonces lo que quería crear; cada detalle era importante, si no, toda una serie de errores podría desencadenarse. Se sintió lleno de vida y un brillo ilusionado cruzó sus ojos.

—¡Esto es alta traición! —gritó su padre—. ¡Me ha costado toda la mañana crear este disfraz y no...!

Pero era demasiado tarde. En un segundo, el vestido rosa de princesa con tules y volantes, con su amplia falda decorada por encajes y bordados, había desaparecido por completo y, en su lugar, había aparecido un impresionante traje de emperatriz espacial. Carlos había utilizado la piedra azul, un transformador bastante potente, para cambiar el color de la piel de su padre a un amarillo eléctrico, lo había dotado de un vestido plateado con una cola interminable e iridiscen-

te. Además, su melena castaña se había tornado blanca y, sobre ella, una impresionante corona de estrellas terminaba el conjunto.

Javier se miró en el espejo impresionado.

—Creía que era tema posapocalíptico... —murmuró, algo cortado.

—Siempre hay una causa para el apocalipsis —explicó Carlos—. Y en este caso eres tú. La princesa alienígena que ha masacrado nuestro planeta. Mamá y yo somos la resistencia.

Irene apuntó con su arma a Javier y dijo:

—Vamos a liberar nuestro mundo de tu yugo, princesa cruel.

A Carlos le dio un ataque de risa y su padre acabó contagiándose. Podía perdonar la falda de tul, la corona de estrellas compensaba.

De pronto, un ruido sordo llegó desde el jardín.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Irene, preocupada, saltando hacia la ventana.

Carlos y Javier corrieron también a mirar.

La abuela Grace, roja como un tomate y con el moño deshecho, se afanaba en levantar una puerta roja que había caído en medio del jardín.

—¡Te he dicho que no la sueltes! —le gritó al abuelo Leopoldo, que resoplaba al otro lado.

—¡Pues haberme dicho que pesaba como cinco lunas! —se quejó él.

—¿Qué hacen esas puertas libres en el jardín? —preguntó Carlos, reparando en que había más de una.

—Es una sorpresa de tu abuela. Ya verás, ha tenido que rellenar cientos de formularios de los imaginatos para conseguir-

lo —respondió Irene—. Nunca has tenido un cumpleaños como este.

Cuando comenzaron a llegar sus invitados, Carlos descubrió que sus amigos se habían tomado tan en serio lo de los disfraces como él. Marina, una chica delgada y pequeña, morena y pasional, que había sido durante el curso anterior una de las mejores amigas de Carlos, se había vestido de amazona. Portaba el arco y las flechas con una elegancia letal. Estaba tan metida en su papel que, antes de fundir a Carlos en un abrazo, lo había amenazado de muerte escupiéndolo al suelo en señal de duelo. Peter, un muchacho rubio y enérgico con una sonrisa perenne en la cara, lucía con descaro una casaca roja de pirata y permitía que un hada se posase en su sombrero.

—¡Todavía sigue contigo! —se sorprendió Carlos señalando a la pequeña criatura.

Durante la prueba final de la Fábrica Creátor, el hada había sido su guía y se había prendado de Peter. Al parecer, no se habían separado desde entonces.

—Sí, para horror y desgracia de Annette... —respondió este en tono de burla.

—¡Oh, cállate, Peter! —bufó la aludida, acompañando su voz del movimiento de todos los flecos del vestido de charleston que vestía.

Annette había recogido su melena pálida en un moño que sujetaba con una cinta negra y una pluma.

—Sabes que es algo que te supera —insistió Peter sacando el machete de su cinturón y apuntándola con la hoja—. Te habría encantado que el hada te eligiese a ti.

—¡Dejadlo los dos! —intervino Ernik, privado totalmente de autoridad debido a su disfraz.

Annette lo miró con desagrado. Ernik era un chico negro, alto y atractivo. Su talante tranquilo y divertido había ayudado en las discusiones del curso anterior. Se había disfrazado de abuela rechoncha, con rulos y un plumero bajo el brazo que movía cada vez que hablaba.

—Eso, no empecemos ya a pelearnos —dijo Michael surgiendo de la nada al lado de Carlos.

Michael, que había desencadenado durante el principio del curso infinidad de sentimientos encontrados en Carlos, llevaba un increíble disfraz de hombre invisible.

—¡Estás genial! —lo alabó.

—Gracias, tío —sonrió Michael, rodeando los hombros de Marina con un brazo, gesto que se había convertido en una carta de presentación y que despertó en el estómago de Carlos un chispazo de celos repentino—. Pero no ha quedado tan bien como querría, al fin y al cabo, se me distinguen todos los rasgos. Más que un traje invisible, parece un camuflaje. Para conseguir el efecto total tenía que rellenar no sé cuántos formularios en la Sede de los Imaginatos.

—Cuando se sale de la Fábrica Creátor, ya no resulta tan fácil conseguir lo que se desea, ¿verdad? —intervino Mai con una voz tenebrosa acorde con su disfraz.

Mai era la aprendiz que más dificultades había encontrado para sentirse cómoda en el grupo. Era una muchacha china de piel pálida y ojos inquisitivos, tan severa con los demás como consigo misma. Durante el curso anterior sus compañeros habían sospechado de ella por su extraña relación con la instructora más odiada, Andina.

Mai disfrutaba de todo lo tétrico y terrorífico, quizá por eso había aparecido vestida de viuda negra.

—Los dulces no son de adorno —señaló la abuela Grace con una sonrisa.

Iba vestida de ladrón y hacía una pareja perfecta con el abuelo Leopoldo, que había elegido el disfraz de detective.

—Tu padre está increíble —señaló Peter admirado por la corona de estrellas que adornaba su cabeza.

—Más increíble estaba antes —se rio Carlos—, te lo aseguro...



Un juego de puertas

En menos de media hora los aprendices rememoraban con alegría las aventuras vividas el curso anterior y se ponían al día. Los hijos de guardianes habían vuelto a la Tierra durante las vacaciones, fingiendo que regresaban de un internado, y no tenían mucho que contar, pero los habitantes de Éldonon no podían parar de hablar.

—No sabéis la que se ha liado en torno a Máximus —dijo Michael llamando la atención de todos—. Igua vuelve a ser tema de conversación en cualquier círculo.

Carlos, que no conseguía que en casa le hablasen de ella, prestó toda su atención.

—A Máximus lo juzgaron casi al instante —siguió Ernik—, todo un espectáculo. Su crimen no tenía defensa posible y, aunque muchos intentaron desvincularlo de Igua, al final no consiguieron acallar los rumores y se lo culpó también por eso.

—No entiendo que la gente quiera ocultar su relación con Igua —dijo Annette en un susurro; solo nombrar a la inquietante enemiga de Éldonon le ponía la piel de gallina.

—Igua lleva mucho tiempo en silencio —explicó Mai—, no interesa nada volver a resucitarla para llenar a los ciudadanos de miedos.

—Lo que no entiendo es por qué vuelven los ataques en su nombre justo ahora —intervino Peter—, ¿tan mala suerte tenemos?

El silencio se estableció entre los aprendices y Carlos se encogió un poco. Él sí tenía sus sospechas y no le resultaban nada cómodas.

—Somos muchos los hijos de guardián en este grupo... —murmuró Marina para romper la momentánea tensión.

—Me temo que es más que eso —continuó Mai, señalando a Carlos y levantando significativamente las palmas de sus manos.

Todos lo entendieron. Carlos podía ser un reclamo. Su carta de presentación en el mundo de las ideas había sido su poder desproporcionado. Había conseguido crear un gigante descomunal a partir de un transformador para cosas pequeñas. Su madre se lo había tenido que confesar: nadie había demostrado un poder como aquel desde que se expulsó a Igua de Éldonon. Y esa fuerza tan impresionante no le había acarreado más que preocupaciones, como la noche en que abrasó las manos de Mai cuando intentó controlarlo en su ataque a un dragón aparentemente enemigo. Carlos no era tan inocente como para no suponer que, si Igua estaba al tanto de las noticias de Éldonon, habría oído hablar de él.

—Mira, Mai —terció Marina—, no creo que Carlos tenga nada que ver con que la cabeza de una psicópata se ponga en funcionamiento de manera repentina. Quizá lo ha intentado muchas veces más, quizá solo ha coincidido que Máximus fue un mal lacayo... ¡Qué sé yo!

Carlos agradeció la defensa de su amiga. El verano en la Tierra le había servido para plantearse una gran cantidad de preguntas. Máximus, durante su última conversación, le había dado a entender que había trucado el Festival de Iniciación para que Carlos estuviese en la Fábrica Creátor, es más, había asegurado que había modificado sus transformadores inagotables con la esperanza de que crease algo lo suficientemente bueno como para aterrorizar a los humanos. Carlos había sido un motor para la mente maquiavélica del director de la fábrica y, tal y como todos suponían, también para la de Iguá.

—¡Vamos, chicos! —interrumpió la abuela Grace sobresaltándolos—. No me he pasado toda una semana trabajando en esta fiesta para que os sentéis a charlar como las musas.

—¡Grace! —se quejó el abuelo Leopoldo.

—Ya sabes que eres mi musa preferida, querido, pero estos chicos necesitan acción —sonrió la abuela—. ¿A alguien le apetece abrir alguna puerta?

La abuela Grace, ayudada por la madre de Carlos, que intervino como una especie de azafata televisiva, les explicó que cada puerta conducía a un juego distinto.

—Hasta que no vengáis a una puerta, no podréis pasar a la siguiente —puntualizó Grace—. No quiero tramosos.

—Pero ¿qué juego hay en cada una? —inquirió Ernik, utilizando el plumero para señalarlas.

—¡Oh, por Dios! —se desesperó Annette—, ¡dame esa cosa de una vez!

—¿Qué cosa? ¿Esta cosa? —bromeó Ernik, pasándole el plumero por las narices.

—Los juegos son una sorpresa, tendréis que descubrirlos vosotros mismos —recuperó la atención la abuela Grace—. Así que, adelante, la primera es la amarilla. ¿Quién es el más valiente?

Todos corrieron hacia la puerta libre sin dudar ni un segundo. Al atravesarla, descubrieron una llanura verde entre montañas enormes. El aire era agradable y cálido, y unas pocas nubes surcaban el cielo creando luces y sombras.

—¿Ahora qué se supone que pasa? —inquirió Michael y se quitó el sombrero de su traje de hombre invisible para abanicarse con él.

—Creo que lo vamos a descubrir pronto —indicó Mai.

La muchacha señaló hacia una nube de polvo que comenzaba a levantarse en el horizonte. De pronto, tras una pequeña loma apareció un ejército terrible. Criaturas de todo tipo conformaban las filas enemigas: orcos, gigantes, demonios, reptiles... Carlos se quedó impresionado ante semejante espectáculo, pero su sorpresa fue aún mayor cuando un conejo blanco se paró ante ellos y se levantó sobre sus patas traseras para hablar.

—Bienvenidos a la primera simulación de cumpleaños de la fantástica y maravillosa Grace —dijo el animal, moviendo su diminuta nariz—. Como podéis observar, os encontráis en un campo de batalla... y sin ejército. Muchos de vosotros tenéis entrenamiento en combates de criaturas individuales, pero ahora tendréis que trabajar en equipo para derrotar a los ejércitos de la invicta Grace.

—¿Ejércitos? —preguntó Annette y dio un paso atrás para parapetarse en Ernik.

—¿Invicta? —dudó Michael levantando una ceja.

—Mi abuela es un genio —sentenció Carlos con una sonrisa enorme—. ¿Cómo hacemos para crear? —preguntó al conejo.

—Es un simulador —aclaró el animal.

—¡Oh, tío! —gritó Ernik, emocionado—. ¡No me acordaba! Creí que ya no se hacían cosas de estas... Mi tatarabuelo Rodod, un chaval genial, siempre comenta que cuando él llegó a Éldonon los simuladores estaban de moda. ¡Es como una videoconsola o una película de la que formas parte!

—Alucinante... —silbó Peter.

—¡Manos a la obra! —los apremió Marina—. Ya tengo ganas de descubrir si de verdad ese ejército está invicto.

Enseguida se organizaron para idear sus filas. Peter triunfó con la creación de la tropa aérea formada por pájaros que escupían hielo; Marina y Mai diseñaron juntas varias cuadrillas de guerreras de acero; Michael improvisó unos cuantos gigantes que se estiraban como el chicle; Ernik y Carlos crearon monstruos descomunales que tenían el poder de los elementos, y Annette diseñó unos estandartes que, aunque no daban demasiado miedo, quedaban muy vistosos entre sus ejércitos y paralizaban durante un minuto a cualquier enemigo que los contemplase.

La batalla fue escandalosa. El ruido de las armas chocando entre sí resultó ensordecedor. Necesitaron de toda su concentración para controlar a sus criaturas. Todos acabaron bañados en sudor para conseguir una victoria medio convincente, puesto que llegó un punto en que no distinguían a sus creaciones de las del enemigo. Entonces, el conejo blanco les indicó que el juego había terminado. Entre cantos de victoria, todos volvieron al jardín de la casa de los abuelos de Carlos.

—¡A los ejércitos de Grace hemos vencido, queremos un premio muy merecido! —tronaron al cruzar la puerta.

—¡Un premio a la peor rima de la historia! —se rio el abuelo Leopoldo—. No pongas esa cara, Grace, ¿no asegurabas que no te ibas a enfadar, aunque te diesen una paliza?

—No ha sido una paliza, ha estado muy ajustado —puntualizó la abuela, señalándoles la puerta de color verde que los esperaba—. Idos antes de que me den ganas de cancelar el próximo juego.

Entre risas, Carlos y sus amigos cruzaron rumbo a su siguiente aventura cantando su himno en susurros canallas.

La segunda atracción resultó ser un pasaje del terror.

—Vale... De este juego me bajo, ¡eeeh, abridme! —gritó Annette, girándose hacia la puerta.

—Las reglas dicen que tenemos que ir todos —recordó Mai, que observaba ya con ojos ilusionados la mansión tenebrosa a la que debían llegar tras cruzar un bosque.

—Claro, como a ti todo esto de la muerte te encanta... —se quejó Annette.

—Venga, voy a ser un caballero —dijo Ernik de forma poco convincente con los rulos y el plumero—. Me quedaré contigo al final y te protegeré de cualquier susto.

Peter comenzó a reírse y el hada saltó alegre en su sombrero.

—O sea, que tú también tienes miedo —apuntó—. La abuela de Carlos no tiene pinta de ser terrorífica, seguro que solo hay dos o tres fantasmas y listo.

En ese instante un hombre lobo salió de entre los árboles y Peter chilló hasta desgañitarse, abrazándose a Carlos.

—¿Qué decías? —se burló Annette.

Entre risas, todos se adentraron en el bosque camino de la mansión tenebrosa.

Grace sabía mantener el ritmo y aprovechaba el momento en que se sentían más confiados para esconder a sus criaturas. La casona crujía y hacía los sonidos más extraños, mientras sus luces se apagaban o se encendían en tonos azules y mortecinos. Allí estaban los fantasmas que Peter había aventurado, pero eran tan escalofriantes que el hada se escondió en uno de los bolsillos de su casaca para no verlos.

—Es realmente buena... —aprobó Mai cuando una bandada de murciélagos se lanzó contra ellos al girar una esquina.

Marina se escondió junto al pecho de Carlos en un acto reflejo.

—¡Perdón! —se disculpó, enrojeciendo violentamente, antes de separarse y colocarse entre Carlos y Michael.

—No pasa nada... —la tranquilizó Carlos con la voz un poco temblorosa.

—Oye, ¿dónde demonios están Ernik y Annette? —preguntó de pronto Peter.

Los aprendices comenzaron a llamarlos a gritos. Acababan de salir del sótano al exterior de la mansión. Carlos propuso volver a buscarlos, quizá se habían perdido en alguno de los corredores y no podían continuar el juego sin ellos.

—Annette debe haberse asustado pero bien con la mujer llena de sangre —señaló Michael—. Por eso irán más lentos.

Volvieron a entrar en el sótano intentando mantenerse unidos. Esperaban cualquier cosa, cualquier susto, a cualquier criatura, antes de lo que encontraron en un pasillo sin salida. Annette, de puntillas, acariciaba el mentón de Ernik a una distancia un poco comprometedora.

—Humm... —carraspeó Peter, conteniendo el ataque de risa que amenazaba con dejarlo en evidencia.

—¡Oh, santo cielo! —gritó Annette, del color de la grana, al tiempo que se separaba cinco metros de Ernik.

—¿Y tu disfraz de mujer? —inquirió Michael a su compañero con una sonrisa picarona.

Efectivamente, Ernik ya no llevaba aquel ridículo atuendo. En su lugar, vestía un elegante traje de chaqueta tipo gánster con un sombrero a juego.

—Annette pensó que... —comenzó Ernik, también algo turbado.

—No le des explicaciones a esta panda de cotillas —se quejó la chica rubia y todos comenzaron a reírse sin poder evitarlo—. ¡Oye! ¿No había un juego que terminar?

—¿A qué juego te refieres? —se burló Peter y se acercó acaramelado a Ernik, que lo retiró con un empujón amistoso.

—¡Parad! —rogó Marina.

Ella también se había sonrojado y miraba a todas partes menos a sus compañeros.

—Annette tiene razón, sigamos —propuso Mai, poco interesada en aquel tema—. Quiero saber qué ha preparado tu abuela como colofón —le dijo a Carlos.

Las bromas y los chistes de los aprendices continuaron un buen rato, por lo que Annette no volvió a sobresaltarse: los gritos histéricos se compensaron con risas distendidas.

Para el final, la abuela Grace se había reservado un monstruo apestoso lleno de ojos, y los chicos regresaron chillando por la puerta amarilla que conducía de vuelta al jardín. Sin embargo, sus gritos reverberaron en el vacío, porque la fiesta de cumpleaños de Carlos había desaparecido.

Irene y Javier vestían ropa normal y sus abuelos también se habían deshecho de los disfraces. Junto a la verja del jardín había dos hombres altos y elegantemente vestidos con trajes oscuros.

—Lo siento, chicos —se disculpó abrumada la madre de Carlos—, estos caballeros quieren que los acompañemos para tratar algunos detalles del nuevo curso.

—¿Todos? —se alarmó Marina, dando un paso atrás para sentirse dentro del grupo de sus amigos.

—No, cariño —sonrió con tristeza Irene—. Vosotros podéis quedaros aquí con mis padres, pero Carlos tiene que acompañarnos.

—¿Quiénes son? —inquirió Carlos desconcertado.

—Son imaginatos —respondió Michael—, no tengo ninguna duda. Ese aire serio, amenazante y a la vez aburrido solo puede tenerlo un imaginatos.

La madre de Carlos se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—Grace, ¿harías el favor? —pidió el padre de Carlos, señalando a su hijo.

La abuela Grace se acercó a Carlos con gesto de pocos amigos y, con bastante brusquedad, cambió el genial disfraz postapocalíptico por unos vaqueros y una camiseta de manga corta, negra, con unas letras que decían: «Gracias por fastidiar mi fiesta».

—Mamá... —se quejó Irene nerviosa.

—Vale, vale —rezongó la abuela haciendo desaparecer las letras—, pero se queda en negro. Llevaba semanas trabajando en esta fiesta.

—¿Qué quieren? —se preocupó Carlos—. ¿Hemos hecho algo malo?



Un mero formalismo

Carlos no sabía adónde mirar en aquel pasillo vacío del edificio de los imaginatos. Se sentía como la noche en que la policía de Éldonon los había interrogado tras el asalto de Máximus a la Tierra, aunque ahora no tenía tan claro de qué se esperaba que hablase. Sus padres lo custodiaban, sentados cada uno a un lado, con gestos serios.

Carlos ya no hacía preguntas, se había rendido. No entendía qué querían los imaginatos de ellos. Al principio, había supuesto que se trataba de algo relacionado con los permisos que la abuela Grace había pedido para organizar su fiesta, pero su madre había dicho que querían hablar del nuevo curso.

Durante un año, Carlos se formaría con sus amigos en los Cines Somnios, aprendería a crear sueños y pesadillas para los humanos. No entendía qué era tan importante como para que interrumpiesen su cumpleaños.

Carlos sabía que los imaginatos eran los encargados de la regulación de Éldonon. Se ocupaban de aceptar a las nue-

vas criaturas, de formalizar el trabajo de las musas, de juzgar lo posible o lo imposible para trasladar a la Tierra. Si había que hablar de una clase política en Éldonon, esos eran los imaginatos.

—¿Quién nos gobierna? —preguntó con voz ronca mirando a la pared de enfrente.

—¿Qué? —respondió Irene como si hubiese estado muy lejos de allí.

—¿Quién manda en Éldonon? —puntualizó Carlos.

—El sentido común —sentenció su padre—, y a mí no me parece de sentido común que nos tengan esperando en un pasillo.

—Javier... —trató de tranquilizarlo su madre.

—No, Irene, es verdad —se quejó él con desesperación—. ¡Vamos! Son mis compañeros, aprendí este oficio con algunos de ellos y... ¿nos tratan así?

—No entiendo en qué consiste tu trabajo... —murmuró Carlos—. No entiendo que seas imaginato —le dijo a su padre.

No le cabía en la cabeza que el que era en la Tierra profesor de Bellas Artes fuese en Éldonon algo relacionado con ese gremio de imaginatos serios y aburridos con los que se había cruzado en contadas ocasiones desde que conociese aquel mundo. La imagen que tenía de los imaginatos era bastante gris, le parecía el oficio más triste de los cuatro que se daban en Éldonon.

—Lo entenderás con el tiempo, supongo —suspiró Javier vencido.

En ese momento se abrió la puerta más cercana y uno de los hombres que habían irrumpido en su fiesta les hizo un gesto con la cabeza para indicarles que podían pasar.

—Perdonad que os hayamos hecho esperar —comentó el hombre del traje en cuanto les cedió paso a la habitación—, ya sabes cómo es esto, Javier.

—Pues no sé si me acuerdo muy bien, la verdad —contestó el padre de Carlos con un deje irónico en la voz—. Este tipo de entrevistas urgentes que interrumpen cumpleaños deben ser nuevas, Jackie.

El hombre apodado Jackie pareció sentirse incómodo en el acto. La habitación era un espacioso despacho con mullidos sillones y estanterías repletas de libros con lomos anodinos. Jackie retiró una de las sillas para que la madre de Carlos se sentara y todos fueron ocupando diferentes sitios. Entonces, otro hombre llamó a la puerta y pasó.

—Javier —saludó con un gesto de cabeza—. Irene...

—Buenas tardes, Lucas —respondió la madre de Carlos empleando su tono más formal.

Carlos se dio cuenta de que algo había cambiado en ella, porque se estiró en el asiento y su rostro se tensó un poco más.

—Tú debes de ser el famoso Carlos, ¿verdad? —inquirió Lucas con una sonrisa forzada.

—Carlos a secas —respondió él con una entereza que hizo que Javier se irguiese orgulloso.

—¿Nos cuentas de qué va esto, Lucas? —interrumpió Irene.

—Es solo un mero formalismo, no tienes que preocuparte... —intentó Lucas conciliador.

—¡Oh, sí, sí que tengo que preocuparme si por un mero formalismo los imaginatos interrumpen el cumpleaños de mi hijo! —afirmó Irene cruzando los brazos sobre la mesa.

El silencio se hizo en el despacho. Daba la sensación de que aquel Lucas e Irene se conocían desde hacía mucho tiem-

po. Jackie rompió el hielo poniendo unas carpetas de cartón sobre la mesa.

—Según tenemos entendido, Carlos empieza este año su formación en los Cines Somnios —probó Jackie con tono distendido.

Los padres de Carlos asintieron.

—Y el año pasado trabajó como aprendiz en la Fábrica Creátor, ¿no es cierto? —continuó.

Irene se volvió hacia Lucas con mirada acusadora.

—¿Vamos al grano? —lo increpó sin contemplaciones, y Javier carraspeó incómodo.

—Vale, Jackie —ordenó Lucas con un gesto para que su compañero dejase de remover las carpetas. Después, respiró profundamente, se recostó en el asiento y los observó con gravedad—. Las cosas están así: Carlos demuestra un potencial como eldoniano fuera de la norma y, además, sin comerlo ni beberlo se mezcla en el asunto de Máximus, que...

—¿Perdona? —Javier se adelantó en el asiento—. Yo no sé si te estoy oyendo bien, porque tus insinuaciones culpabilizan a mi hijo y no me está haciendo ni puñetera gracia.

—¡Yo no tengo nada que ver con Máximus! —se quejó Carlos, que comenzaba a entender de qué iba el tema.

—Creo que el interrogatorio de la policía dejó bastante claro todo eso —zanjó Irene.

—Pero Carlos introdujo a una criatura a través del portal —señaló Lucas con parsimonia al tiempo que Jackie sacaba un informe y lo dejaba encima de la mesa—. Incumplió una de las normas más vitales para el mantenimiento de nuestra sociedad.

—¡El demonio del miedo estaba a punto de matar a mis amigos! —insistió Carlos, que no daba crédito a lo que estaba pasando.

Volvió a hacerse el silencio en el despacho. Jackie miraba hacia una de las paredes y Lucas concentraba su mirada en Carlos.

—No me lo creo —sentenció Irene, relajándose por fin en el asiento.

Javier la miró sin comprender y una chispa de entendimiento le cruzó los ojos en un instante. El padre de Carlos se relajó también.

—Ve al grano, Lucas, que nos conocemos —soltó Irene.

—Conozco los protocolos que estáis siguiendo —intervino el padre de Carlos en tono conciliador—, pero carece de sentido que los pongáis en marcha cuando está a punto de anochecer e interrumpiendo una celebración familiar. No logro comprender la urgencia de este caso. Si queréis juzgar a Carlos por salvar la vida de sus amigos incumpliendo una ley que tiene sus excepciones reflejadas...

—No quieren juzgar a Carlos —continuó Irene con tono sereno—. Díselo, Lucas.

Los habían pillado. Carlos no entendía demasiado bien lo que estaba pasando, pero de pronto tenían la posición más ventajosa. Su madre había descubierto lo que deseaban de ellos.

—Queremos hacer unas pruebas a Carlos para comprobar su potencial y el grado de su poder —confesó Lucas vencido, y Jackie cambió el peso de un pie al otro.

—¡Y una mierda! —respondió Javier—. No podéis, el protocolo lo prohíbe.

—Tenemos una enmienda al protocolo que... —comenzó Jackie poniendo un nuevo papel sobre la mesa.

El padre de Carlos lo agarró en el acto.

Mientras Javier leía, Carlos fue consciente del duelo de titanes que tenía lugar en silencio entre su madre y Lucas. Estaba deseando poder preguntarle qué pasaba ahí.

—Este documento no está aprobado por el consejo. Le falta el sello —señaló Javier arrojando el papel sobre la mesa.

—Contamos con una mayoría de apoyo en el consejo y pronto estará aprobado —se apresuró a responder Jackie—, solo queríamos agilizar los trámites, si no os parecía mal que vuestro hijo..., Carlos, fuese examinado..., entonces nosotros podríamos...

—Cuando la enmienda esté aprobada —sostuvo Irene con frialdad, al tiempo que se levantaba e indicaba a Carlos y a su padre que la siguiesen—, nos mandáis una carta. Pero, escúchame, Lucas, no tienes que enviar a tus chicos con traje para amedrentarnos, ¿vale?